

## La verdad

Las operaciones siguen paralizadas y de Melilla sólo sabemos lo que en sus extensas partes comunica el general en jefe.

—¿Y de la harka...?

—Según comunica dicho general, recibe refuerzos.

—Pero estará abatida...

—Al contrario, el mismo general lo manifiesta, enfurecida con las bajas que se le causaron, quizás pronto efectúe nuevos ataques á nuestras posiciones, que, bien fortificadas, rechazarán á la morisma.

—Por tanto, ¿el enemigo aún tiene alientos para tomar la ofensiva?

Desgraciadamente no es un grano de anís la campaña.

Para sostenerla, se necesitan grandes recursos y grandes sacrificios, que se encontrarán y se harán, porque así lo exigen los más altos intereses de España.

Arrastrada por las circunstancias ha ido á Marruecos.

Si España abandona el campo, Francia la reemplazaría en él, y nuestra Patria se asfixiaría entre las murallas de los Pirineos y el Africa; renunciaría á la única esperanza de expansión, cerraríase las puertas del porvenir y un pueblo sin porvenir y encerrado en círculo de hierro, es un pueblo subyugado y esclavizado, un pueblo muerto.

Por eso, cueste lo que cueste, el pabellón de España no puede arriarse de Larache y Alcázar, ni desaparecer del Rif.

Que para ello se necesitarán grandes esfuerzos y sacrificios.

Ya lo sabemos y en casos parecidos todos los pueblos los hacen.

Sacrificios se impone Francia para su acción en Marruecos, é Italia para luchar en Trípoli, é Inglaterra para no perder su preponderancia en los mares, y Alemania para hacer frente á la liga revolucionaria que contra ella existe en toda Europa, y Austria para conservar su prestigio en el Adriático y en los pueblos eslavos, y Rusia para sostener su influjo en el Oriente, y Turquía para defenderse de cuantos tratan de arrancar pedazos de su Imperio.

Y lo que todos los pueblos hacen, España tiene que hacerlo también, pese á los Judas que vendidos á los colonistas enemigos de la influencia española, tratan de entregarla atada de pies y manos, mintiendo humanitarismo que no sienten y sentimientos pacifistas que sólo exteriorizan para exigir que la Patria no se defienda.

El problema marroquí se plantea.

pues, en toda su gravedad, y el pueblo español debe afrontarlo con valor si no quiere perder hasta el nombre de pueblo.

KARO

## A la Patria

### LAMENTOS

Olvidóse ¡oh Patria! el extranjero  
De hablarte con los cetros en la mano  
Rindiendo ante el tuyo soberano  
El respeto que sentía el orbe entero.

E inclinando su frente las naciones  
Asombradas entonces de tu Historia,  
Temerosas la aprendían de memoria  
Ante el patrio clamor de tus cañones.

Pero ¡ay! hoy hundida en la tristeza...  
Recordar nadie quiere cuanto hiciste,  
Y mancillan mil cobardes la grandeza  
Coronada con las glorias que adquiriste.

Despierta y despliega los pañales  
Donde erguidos ostentan tus leones  
Sujetando con sus garras los florones  
Que ganaron tus bravos generales.

Y que se alce justiciera tu venganza  
Derribando ambiciosos por el suelo,  
Y que nuble su frente el claro cielo  
Ante el genio feroz de la matanza.

Y hasta fiero el cañón hable iracundo  
A los hijos espúreos que te insultan  
Y diciendo engrandecerte te sepultan  
En el triste rincón del vasto mundo.

R. E. C. A. S.

## ¡Oh, el sufragio!

Aproxímase la tursa, los canturreos de las libertades, limpian muy afanosos la oropesca corona del sufragio universal con que ceñirán la frente del pueblo estúpido que de veras créese rey sin notar cómo le uncen al carro donde consume su vida en beneficio de los que empuñan el látigo, y conviene contrastar en la piedra de toque del buen juicio la vanidad, la enorme tontería que se encierra en esa frase tan eufónica... ¡Oh, el sufragio universal!

Pues el sufragio universal, tal como se encuentra establecido, es una verdadera monstruosidad. El principio de «cada hombre un voto» es sencillamente irracional é injusto, porque injusto é irracional es atribuir la misma fuerza política á la opinión de un imbécil que á la de un sabio, á la de un pillo, que á la de un hombre de bien. ¿Es lógico considerar del mismo valor el voto de una mentalidad como Menéndez Pelayo y el de un pobre labriego que no conoce del tinglado político más que el nombre del cacique ó caciques de su localidad? ¿Es justo conceder la misma eficacia política á la opinión de un hombre honrado que á la de cualquiera de los mu-

chos truhanes que andan por ahí susletos, debiendo hallarse arrastrando un grillete?

Las consecuencias inevitables de semejantes absurdos no se hacen esperar. Es indudable que en este pícaro mundo lo malo abunda más que lo bueno en todos órdenes de cosas y que el número de los necios es infinito. Por cada hombre de bien, hay un respetable número de granujas y por cada ilustrado, un crecidísimo contingente de ignorantes supinos. Si, pues, á cada hombre concedemos un voto idéntico en calidad y fuerza, es á todas luces indudable que en los comicios saldrán triunfantes, en la mayoría de los casos, la necedad y la malicia, y derrotadas la ilustración y la virtud. Esto es natural que ocurra y esto es en realidad lo que sucede, salvo raras excepciones.

Así vemos cómo todas las ideas subversivas y disolventes van teniendo cada día mayor número de representantes en el santuario de las leyes. La ola roja de la demagogia avanza rápidamente invalidándolo todo: Municipios, Diputaciones, Congreso. La cosa pública es, poco á poco, acaparada por los directores de esa satánica falange y así va preparándose el terreno para el efímero pero asolador reinado de la anarquía, que será el prólogo del salvajismo y el caos.

Los cabecillas de los partidos avanzados, los cacareadores del progreso humano, no cesan de calentarnos los oídos con el siguiente razonamiento: «Nuestros ideales—dicen—triunfan en las grandes poblaciones, Madrid, Barcelona, etcétera... Es indudable que en dichas ciudades el grado de cultura es mayor; luego nosotros representamos la civilización y el progreso.»

¡Bonita manera de discurrir! ¿Sabéis, queridos redentores de la humanidad, por qué triunfan vuestros ideales en esas grandes urbes? Triunfan porque allí es mayor; inmensamente mayor, la inmoralidad y el desoreimiento de las grandes masas obreras, á las que habéis descristianizado casi en su totalidad con vuestra prensa infame y disolvente, con vuestra oratoria luciferiana, con vuestro teatro sicaléptico, con vuestra asquerosa pornografía, engrosando así de un modo extraordinario el destructor ejército de los defensores del mal. F. ta es la verdad y ciego ha de estar el que no la vea.

¿Pero es que no se ha de conceder el derecho de sufragio á todos los ciudadanos? ¿Es que no han de tener parte en la gobernación del Estado todas las clases sociales? Nada de eso; pero ¡por Dios! no se le conceda el mismo valor al voto de los pillos y al de las personas decentes, al de los hombres verda-

deramente ilustrados y al de los innumerables imbéciles que andan por esos mundos con la cabeza vacía de ideas y la boca llena de progreso.

EMILIO F. DEL RINCÓN

—¿Se puede pasar?

—¿Quién es usted?

—Un hombre público.

—¿Su hoja de servicios?

—Aquí está.

—¿Y con esta hoja tan sucia tiene usted cara para pretender entrar en el Cielo?

—No se sulfure usted, señor San Pedro: aquí traigo otra de reserva; es mi hoja de servicios como hombre particular es decir como católico.

—Vedmosla: limosnas, rosarios, comuniones... ¡hasta comuniones! ¡Dios santo! Y bien: supongamos que todo esto fuera verdad, que usted en su vida privada hubiese procurado vivir como católico, pero habiendo al mismo tiempo vivido en su vida pública como anticatólico, aunque hubiera usted engañado á los hombres, que no les ha engañado, lo que es á Dios Nuestro Señor, trabajo le costará engañarle. Así, pues, hasta tanto que Dios determine el medio de separar en usted al hombre público, del hombre particular, vaya usted como hombre público á los infiernos interinamente.

## De raza de héroes

...Con la victoria, ó con la vida

Los excesos á que los republicanos portugueses se entregaron contra los partidarios de la monarquía; los atropellos enormes que contra los emigrados han venido cometiendo en la frontera, inunlándola de carbonarios, hez de la sociedad, han producido su efecto.

Al fin, el alma portuguesa se rebela contra sus opresores y plantea gallardamente la lucha en los campos del norte.

Casi todas las noticias que de aquella nación se reciben, pueden ser tachadas de sospechosas cuando no de falsas, pues los republicanos disponen de todos los medios de comunicación; pero, apesar de todo, es le cierto que los monárquicos siguen luchando sin tregua ni descanso; y que la bandera de la monarquía hondea aún en territorio portugués, tremolada por los brazos de un héroe: del capitán Paiva Conceiro.

Para quien odie la revolución como nosotros la odiamos, para quien sienta hervir su sangre ante los crímenes por ella cometidos; para quien recuerde, las vergüenzas que fatalmente la han acompañado, allí donde su asquerosa figura ha surgido para ser azote de los pueblos, el movimiento de protesta de los realistas portugueses y el grito de